

MEMORIAS RECUPERADAS

RAFAEL TAPOUNET
Barcelona

La última vez que los Beatles entraron en un estudio a grabar una canción como grupo en activo lo hicieron para despachar una pieza de George Harrison que habían decidido incluir en el elepé *Let it be* (entonces todavía titulado *Get Back*) y de la que no tenían ninguna toma medianamente buena. Se trataba de *I Me Mine*, una quejumbrosa composición que cabalga a ritmo de vals y cuya letra, un lamento por el egocentrismo que gobierna la vida moderna, fue escrita por George después de un viaje de LSD en el que experimentó una revelación del Yo universal. Con John Lennon de vacaciones en Dinamarca, los otros tres miembros de la banda y el productor George Martin completaron el trabajo en una sesión de 10 horas el 3 de enero de 1970 en los estudios de Abbey Road. El 2 de abril, Phil Spector remató la canción añadiéndole una orquesta de 30 músicos sin decirselo a su autor. Solo ocho días después, Paul McCartney anunció el final de los Beatles.

Harrison recuperó el título *I Me Mine* al cabo de una década para dar nombre a un libro en el que recogía extractos de una larga conversación con su amigo Derek Taylor, periodista y publicista que había trabajado como jefe de prensa para el cuarteto de Liverpool, así como las letras de muchas de sus canciones comentadas por él mismo y una extensa selección de imágenes. El volumen era en el momento de la publicación, y sigue siendo hoy, lo más parecido a una obra autobiográfica realizada por uno de los Fab Four.

El artefacto original se puso a la venta en 1980 en una exclusiva tirada limitada, numerada y firmada por el autor, a 335 libras el ejemplar. Hubo ediciones poste-

'I Me Mine', el libro que recoge los recuerdos y las letras de las canciones de George Harrison, se publica por primera vez en castellano en una imponente edición.

El Beatle que odiaba la beatlemania

riores a precios bastante menos disuasorios, pero en todas ellas desapareció buena parte del material gráfico a color que ahora se ha recuperado en una desparejante nueva versión de 640 páginas que ha publicado en castellano Libros Del Kultrum, con traducción de Eduardo Hojman.

En una entrevista concedida a la revista *Playboy* en septiembre de 1980, John Lennon se mostró «dolido» al ver que su nombre apenas tenía relevancia en el libro de Harrison. «Lo considero una omisión flagrante –señaló–. Mi presencia en su vida brilla por su ausencia». Se diría que Lennon no

acabó de entender bien la naturaleza de *I Me Mine*, que no debe ser considerado tanto un volumen de memorias al uso como una colección de recuerdos y reflexiones en la que el paso del autor por el grupo de pop más influyente de la historia no tiene más peso que su pasión por la jardinería (el libro

está dedicado «a todos los jardines del mundo»), la música de sítar o las carreras de automóviles.

Aun así, resulta revelador leer los párrafos en los que Harrison habla de sus años en los Beatles con el tono hastiado y desdeñoso de quien da cuenta de un error de juventud. Ni una brizna de nostalgia en sus palabras. «Beatlemania. Por nada del mundo querría volver a vivir algo semejante. [...] Es como *Alguien voló sobre el nido del cuco*, ya sabes, tú estás cuerdo en un sitio en el que todos los demás están chiflados». No es el único símil brutal que emplea para definir la vida en el grupo. «Estábamos condenados porque no teníamos [espacio]. Es lo mismo que les ocurre a los monos en el zoológico. Se mueren». Y en otro momento escribe: «Ninguna de las experiencias *beatle* fue tan buena. Terminé cansándome hasta de las emociones extremas. En realidad, nadie se ríe dos veces con el mismo chiste, a menos que te vuelvas realmente estúpido».

Palabras de afecto

Estos juicios de Harrison sobre su famosísima banda pueden resultar desalentadores para los fans de los Beatles, que tal vez hallarán un pequeño consuelo en un pasaje de raro sentimentalismo en el que el autor de *Here comes the sun* admite que ser uno de los Fab Four tenía también sus cosas buenas: «Si uno de nosotros no las tenía todas consigo, los otros lo cubrían. Nos protegíamos mutuamente [...]. A veces los echo de menos. Nos teníamos muchísimo cariño».

Son las cuatro frases más afectuosas que George dedica en el libro a sus excompañeros, a quienes, por otra parte, tampoco hace re-



Paul, John y George, tocando en la boda de Harry Harrison en 1959.



A la izquierda, George y los Beatles en Alemania en 1965. Sobre estas líneas, con su esposa Olivia en 1977.

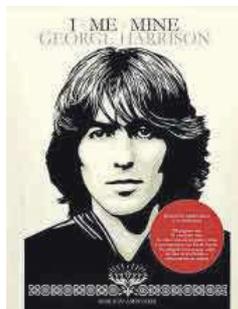
artículo no puede distribuirse sin el consentimiento expreso del dueño de los derechos de autor.

proches de consideración. Probablemente, los años transcurridos habían contribuido a atemperar la carga de resentimiento que Harrison acumuló en la última etapa de los Beatles, en la que se sintió personalmente ninguneado por Lennon y artísticamente mangoneado por McCartney. Como es sabido, su contundente respuesta al vórtice de mal rollo en que se convirtió el final del grupo fue la explosión creativa del triple álbum *All things must pass* y la consolidación de un viaje espiritual que se había iniciado en un encuentro con el swami Vishnu Devananda durante el rodaje de *Help!*, en 1965.

Rico en contradicciones

Pero Harrison era dueño de una personalidad compleja que hacía bueno ese aforismo de Nietzsche que dice que uno es productivo solo a costa de ser rico en contradicciones. El apóstol de la luz interior y la reverberación cósmica que se extasiaba contemplando los jardines de su mansión gótica de Friar Park podía pasar de la meditación profunda al desenfreno cocainómano sin despeinarse la melena. Tras esa imagen apacible, mística y un tanto inescrutable se ocultaba un Mister Hyde bromista, fiesero y ruidoso que disfrutaba en compañía de los Monty Python y de los mejores pilotos de Fórmula 1 de su tiempo.

Consciente de lo paradójico que podía resultar ese abanico de intereses, él mismo intentó dar en *I Me Mine* alguna explicación que con-



Harrison habla de los Beatles como si evocara un error de juventud

El músico compara la vida en el grupo con la de los monos en el zoo

ciliara sus pasiones, aunque lo hizo empleando argumentos no del todo convincentes. «Para mucha gente, las carreras son algo absurdo desde un punto de vista espiritual —apunta—. Los coches contaminan, matan, mutilan y hacen ruido. Sin embargo, ser un buen corredor implica alcanzar una percepción más elevada. Y aquellos que brillan entre los mejores han experimentado algún grado de expansión de conciencia».

Más allá de sus debilidades y sus contradicciones, Harrison se revela en el libro como una persona lúcida, apasionada y generosa. Continuó siéndolo hasta su muerte el 29 de noviembre de 2001, a los 58 años. Nunca fue un hombre soberbio, y acaso no hay prueba más palmaria de su proverbial humildad que el comentario que dedica en el libro a la maravillosa *Something*, la segunda canción más versionada de todo el catálogo de los Beatles, solo por detrás de *Yesterday*: «Es probable que tenga un rango de cinco notas que encaja muy bien con la mayoría de los cantantes. Supongo que es mi canción más conocida, puesto que se hicieron más de 150 versiones. Mi favorita es la de James Brown, que es excelente». Es difícil darse menos pisto después de haber creado algo tan excelso. ■

La grabación de unas congas brindó a George Harrison la oportunidad de urdir una tomadura de pelo antológica a costa de Phil Collins.

El bromista más retorcido del rock

R. T.
Barcelona

La lectura de *I Me Mine* aporta pruebas contundentes del retorcido sentido del humor que caracterizó siempre a George Harrison (un ejemplo: el pie de foto «El autor degustando un bocadillo de queso con amigos en Eastbourne, 1967» que acompaña a una imagen del músico, solo, tocando el sitar), pero más allá de las páginas del libro circula una hilarante anécdota que retrata por sí sola al *Beatle* callado como un bromista particularmente perverso. Y muy sofisticado.

Se trata, tal vez, del bromazo más elaborado de la historia del rock.

La historia se remonta a los días de 1970 en que Harrison grababa con Phil Spector el álbum *All things must pass* en los estudios de Abbey Road. El ex-Beatle pensó en reclutar a un

percusionista que supiera tocar las congas para *Art of dying*, y a la llamada acudió un jovencísimo Phil Collins que aún no había pasado el examen de ingreso en Genesis. Según relató el propio Collins años después, la excitación de compartir sesión con gigantes del calibre de Harrison, Ringo Starr, Eric Clapton y Billy Preston le llevó a tocar con tanto ímpetu en los ensayos que cuando Spector le dio la orden de grabar su parte tenía las manos cubiertas de ampollas. Después de una sola toma, se le comunicó que ya podía irse a casa. Al cabo de unos meses, cuando el triple álbum se puso a la venta, Collins descubrió con desazón que ni su nombre aparecía en los créditos del disco ni sus congas se oían en *Art of dying*.

El episodio quedó enterrado hasta que en el año 2000 el cantante y batería de Genesis compró la casa del tricampeón mundial de Fórmula 1 Jackie Stewart,

amigo de Harrison. Cuando el expiloto mencionó que este estaba preparando una reedición de *All things must pass*, Collins le comentó que él había participado en la grabación pero, por alguna razón, había desaparecido del disco. Un par de días después, recibió en su casa un paquete con una cinta y una nota firmada por George Harrison que decía: «¿Este podrías ser tú?».

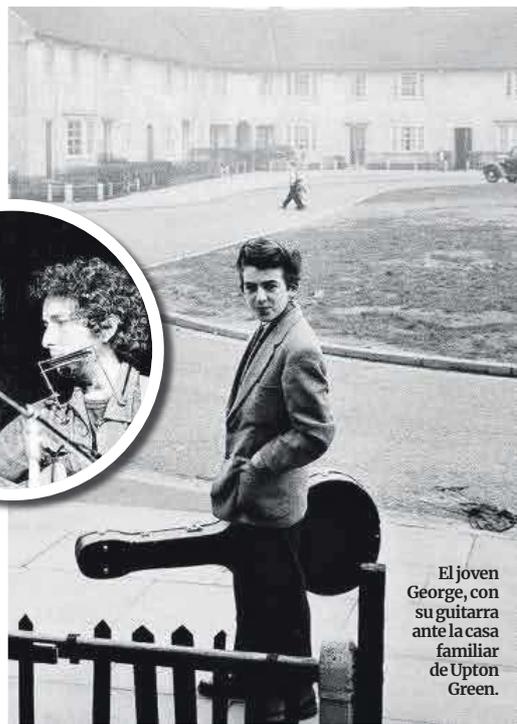
Lo que contenía la cinta era una grabación de *Art of dying* en la que sí sonaban las congas, aunque tocadas con muy poca destreza y a un volumen del todo inadecuado. Al

final de la toma se oía la voz de Harrison diciéndole a Spector: «Hey, Phil, ¿podemos probar otra sin el tío de las congas?». Collins se sintió sumamente avergonzado, y así se lo hizo saber

a George cuando este le llamó poco después para saber si había recibido el paquete. «Al menos ahora puedo decir que fui despedido por un Beatle», exclamó.

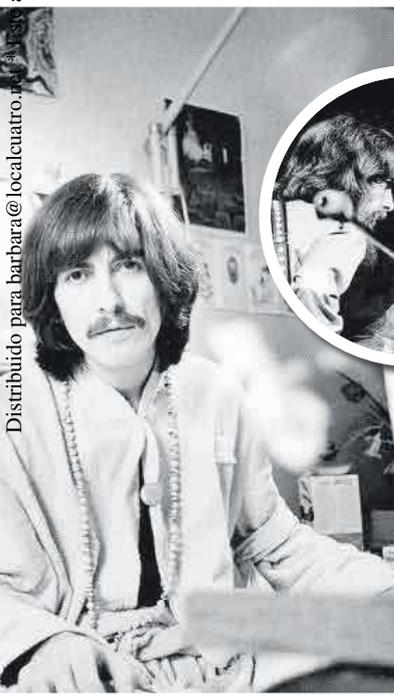
Las congas de Ray Cooper

La conversación siguió durante un rato girando en torno a otros asuntos hasta que Harrison estalló en carcajadas. «No te preocupes, te he estado tomando el pelo», confesó, antes de desvelar la bufonada. El autor de *Something* había reservado un estudio de grabación y le había pedido al percusionista Ray Cooper que tocara las congas tan mal como le fuera posible sobre una toma de *Art of dying* solo para echarse unas risas a costa del atribulado Collins. Hay que decir que este encajó la chanza con deportividad. Al fin y al cabo, un bromazo tan sofisticado no deja de ser, a su manera, una elevada muestra de reconocimiento. ■



El joven George, con su guitarra ante la casa familiar de Upton Green.

En cama convaleciente de amigdalitis en 1969 y con Bob Dylan en el Concierto por Bangladés, en el año 1971.



Distribuido para barbara@localcuatro.net